

GILGI, UNA DE NOSOTRAS

Alexanderplatz, 21

Irmgard Keun

Gilgi,
una de nosotras

Traducción de Carles Andreu

Título original: *Gilgi - eine von uns*

© by Ullstein Buchverlage GmbH, Berlin. Published in 1979 by Claassen Verlag.
First published in 1931.

© de la traducción: 2011 Carles Andreu

Revisión: Claudia Ortego

© 2011 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: septiembre de 2011

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: © RetroAtelier

Fotografía de la solapa: © Gabriele Kreis



GOETHE-INSTITUT

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut,
financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls - Sant Joan Baptista, 35 - 08789 La Torre de Claramunt

ISBN: 978-84-95587-81-7

Depósito legal: B-28.734-2011

Printed in Spain

I

Sujeta con fuerza las riendas de su joven vida, la pequeña Gilgi. Se hace llamar Gilgi, aunque su verdadero nombre es Gisela. Un nombre con dos íes encaja con unas piernas delgadas, unas caderas estrechas e infantiles y esos sombreritos a la moda que se sostienen misteriosamente sobre su cabeza. Cuando cumpla los veinticinco se hará llamar Gisela. Pero para eso todavía falta algún tiempo.

Son las seis y media de la mañana. La pequeña Gilgi se ha levantado ya. En el frío invernal de su habitación, se despereza y se frota los ojos para ahuyentar el sueño. Hace unos ejercicios gimnásticos ante la ventana abierta de par en par. Flexiones de tronco: arriba y abajo, arriba y abajo. Toca el suelo con las puntas de los dedos, sin doblar las rodillas. Así se hace: arriba y abajo, arriba y abajo.

La pequeña Gilgi hace las últimas flexiones. Entonces se quita el pijama, se echa una toalla sobre los hombros y corre al cuarto de baño. En el pasillo oscuro se topa con una confusa voz matutina:

—Pero Gilgi, ¿cómo vas descalza, con el frío que hace? ¡Te va a dar algo!

—Buenos días, madre —responde Gilgi, que se pregunta si hoy, excepcionalmente, debería ducharse primero con agua caliente y luego con agua fría. Nada de experimentos, no hay

excepción que valga. Gilgi deja correr el agua helada sobre sus hombros estrechos, el diminuto abdomen convexo y las extremidades delgadas y musculosas. Cierra los labios con fuerza hasta que se convierten en una delgada línea y cuenta mentalmente hasta treinta.

Uno, dos, tres, cuatro. No cuentes tan rápido. Despacio, bien despacito. Quince, dieciséis, diecisiete. Tiembla un poco y, como cada mañana, también se enorgullece un poco de su valor y su fuerza de voluntad. Hay que ceñirse al plan del día y no apartarse del guión. No hay que flaquear. Ni en el menor de los detalles.

La pequeña Gilgi está ante el espejo. Se pone un cinturón de ante negro sobre el grueso jersey de lana gris y canturrea una canción de moda, una señal de buen humor, mientras se contempla con verdadera satisfacción.

«Dame otra vez las manos, a modo de despedida; *good night, good night...*» Una gota de crema sobre las cejas, que estén relucientes, y un toque de polvos en la punta de la nariz. Ya está. Nada de maquillaje por la mañana: el colorete y la barra de labios son para la noche.

«Dame otra vez las manos, a modo de...» Un espejo grande está muy bien cuando una tiene veinte años y un rostro diáfano, sin una arruga. Un rostro cuidado. Y cuidado es mejor que bonito, tiene más mérito.

Tará, tarará... Una mirada pensativa a la habitación, sobria e impersonal. Cama de hierro lacada en blanco, ropero blanco, una mesa, dos sillas, papel pintado de flores y un ingenuo cuadro de género sin marco que, pálido e indolente como una muchacha abandonada, ha renunciado finalmente a llamar la atención, apenas una mancha de pintura de la que debería haberse deshecho hace tiempo. Gilgi levanta el brazo con gesto

amenazante, pero lo vuelve a bajar al momento. Bah, ¿para qué? Es un regalo de su madre; si lo tirara se ofendería. Mejor dejarlo colgado, tampoco es que moleste. La habitación le resulta indiferente. No vive allí, tan solo duerme en aquella cama blanca, de doncella. «Dame otra vez las manos, a mo...» Tres pares de guantes de gamuza, dos jerséis y una blusa para lavar. Gilgi se lo pone todo bajo el brazo y se dirige de nuevo al baño. Pero la puerta está cerrada.

—Un momento, Gilgi, termino enseguida —dice una voz ronca, de tertuliano de café.

Gilgi recorre el pasillo de un extremo a otro. Y tan solo porque en este momento no tiene nada más que hacer, se acuerda del hermano de Olga. Un chico simpático. ¿Cómo se llamaba? No lo recuerda. Ayer por la noche le dio un beso en su coche, hoy se marcha ya. ¿Una pena? ¡Bah! Pero estuvo bien salir con él, hacía tiempo que no besaba a nadie. Conocer a alguien que te guste no es algo que suceda demasiado a menudo. Atrás han quedado ya los años en los que una no podía elegir, entre los diecisiete y los diecinueve. El chico era simpático. El beso estuvo bien. Nada más. Él tampoco la quiere con ardor. Así está bien.

La puerta del baño se abre con estruendo. Una figura oronda en ropa interior blanca pasa junto a Gilgi y llena el pasillo de una nube perfumada con olor a jabón y pasta dentífrica.

—Buenos días, Gilgi.

—Buenos días, padre.

Gilgi se olvida al instante del hermano de Olga y del beso de la noche anterior, y echa jabón de copos sobre los guantes de gamuza, los jerséis y la blusa de seda. «Dame otra vez las...»

Un cuarto de hora más tarde, Gilgi está sentada en la sala de estar. Muebles antediluvianos. Un aparador imponente, fabri-

cado en el siglo XIX; un tapete con bordados y flores en punto de cruz; una lámpara verde pálido con una orla de perlas falsas; un sofá afelpado verde, y, encima, un paño rectangular en el que puede leerse: «Hogar, dulce hogar», con unas letras en punto de cruz bordadas con furor epiléptico por las que trepan, como si tuvieran el baile de san Vito, unas centaurs, aunque también podrían ser enredaderas. En su día eso fue un regalo por el que alguien dio las gracias. Por encima del paño, un cuadro monumental de George Washington. El hombre está de pie en un barco bamboleante que se abre paso por entre los témpanos de hielo, y ondea una bandera del tamaño de una sábana. Admirable. No el cuadro, sino Washington. Le dan a uno ganas de imitarlo, de adoptar una pose de gladiador, orgulloso y erguido en un barquito que se balancea en medio de la tormenta, ondeando una bandera del tamaño de una sábana. Washington era capaz de ello.

America for ever. Germany wants to see you. «Alemania, Alemania por encima de todo...»¹ Si uno lo desea, puede llegar a creer que el Washington del cuadro es un representante del heroísmo alemán. La señora Kron lo cree. Fue ella quien heredó el cuadro. Para ella, Washington, Zieten, Bismarck, Theodor Körner, Napoleón, Pedro el Grande y Gneisenau se funden en una sola persona. Sabe lo mismo de uno que de otro, es decir, nada. Pero el cuadro es patriótico, y con eso basta. Alemania, Alemania...

«Hogar, dulce hogar.» La familia está reunida: padre, madre e hija. Toman café, una mezcla casera: un cuarto de grano de café, un cuarto de achicoria, un cuarto de cebada y un cuarto de extracto de café de Karlsbad. La bebida es de color marrón, está calien-

1. *Deutschland, Deutschland über alles*, primer verso de *Das Lied der Deutschen* (La canción de los alemanes), himno de Alemania. (*N. del T.*)

te, tiene un sabor abominable y hay que beberla sin oponer resistencia: el señor Kron por sus riñones y para ahorrar, la señora Kron por el corazón y para ahorrar, y Gilgi por pura resignación. Además, la costumbre ha vencido ya la resistencia de los tres.

Los tres comen panecillos con mantequilla de la buena. El señor Kron (artículos de carnaval al por mayor) es el único que toma un huevo. Ese huevo es más que alimento: es un símbolo, una concesión a la superioridad del hombre. Es un atributo monárquico, algo así como un globo imperial.

Nadie dice nada. Todos se mantienen abnegadamente inmersos en sus pensamientos. La falta absoluta de conversación es un indicativo de la decencia y la legitimidad de la familia. El matrimonio Kron se ha aburrido mutuamente hasta las honrosas bodas de plata. Se quieren y se guardan fidelidad, un simple hecho que, convertido en algo cotidiano, ya no hace falta ni expresar ni sentir. Ese hecho yace bien envuelto y algo descolorido junto a la cubertería de bodas, en el aparador del siglo XIX. El aburrimiento es la garantía de la estabilidad de su relación y el hecho de que no tengan nada que decirse los exime de toda sospecha mutua.

El señor Kron lee el *Kölner Stadtanzeiger*. Su mano derecha, rojiza y medianamente cuidada, lleva la taza de café a la boca a intervalos regulares. Su rostro redondo y fresco tiene la expresión entre consternada y recelosa propia del lector habitual de periódicos. Una persona decente no puede leer las noticias con gesto satisfecho: «Tropas de infantería polacas en suelo alemán.» Menuda obscenidad. «El manifiesto europeo: durante la sesión final de la comisión, Briand lee un discurso sobre la paz y la reconstrucción de Europa.» El señor Kron no termina de entender la aclaración subsiguiente, un motivo para adoptar una mirada doblemente preocupada. ¿Será Briand de fiar? Nadie es de fiar.

¿Qué más? «Escándalo en la comisión presupuestaria.» «Contrabando de piedras preciosas con Polonia.» «Desfile de testigos en el proceso de los mil.» «Un robo en una fábrica de mantequilla.» Historias todas ellas desagradables. Sabe Dios que, por motivos de salud, el buen lector de prensa debe recibir las malas noticias con melancólica satisfacción, para así poder digerirlas. Más noticias: «El arzobispo de Leitmeriz ha muerto.» «Se ha descubierto otro almacén de armamento.» «Y en nuestra ciudad...» El señor Kron lee en voz alta, con una voz que revela que la noche anterior estuvo disfrutando de su cerveza:

—Tragedia en el puente de Treptow. Una mujer se arroja al agua con su hijo.

—¿Y han muerto los dos? —pregunta la señora Kron casi con esperanza. No porque tenga mal corazón, sino porque disfruta con los estremecimientos de compasión que le provocan los escándalos y las noticias escabrosas.

—Han podido salvar a la madre —informa el señor Kron. Habla en el dialecto genuino de Colonia, en parte por patriotismo local, en parte por interés comercial. La madre está a salvo; el hijo ha muerto. Los estremecimientos de compasión de la señora Kron se escinden por la mitad y dejan tras de sí una sensación de vacío que hace que se concentre en el suplemento de anuncios. «Rebajas por inventario.» «Zapatos Üding: nuestros escaparates lo dicen todo.» «El rey de la alfombra: últimos tres días. Artículos de calidad.» La señora Kron lee. Es una mujer gruesa y flácida. La carne de los brazos y el pecho se muestra recatadamente blanda y fatigada. Tiene un aspecto gris e insulso, pero tampoco desea que eso cambie. Puede permitirse el lujo de envejecer. Lleva un vestido de punto azul oscuro con el cuello y los puños color gris claro. En el escote lleva prendido un broche de marfil que revela

su vanidad. Está sentada en el sofá de felpa verde y lee el *Kölner Stadtanzeiger* mientras con sus dedos mullidos y regordetes pico-tea migas de pan de la mesa y se las lleva distraídamente a la boca. Por encima de su cabeza se alza Washington, ondeando su bandera del tamaño de una sábana.

Con gestos rápidos pero no bruscos, Gilgi se bebe su taza de café, come un panecillo ligeramente untado (no vaya a engordar), enciende un cigarro, le da tres, cuatro, cinco caladas, lo apaga en el plato y se levanta.

—Adiós, padre.

—Adiós, Gilgi.

El señor Kron levanta la cabeza y quiere añadir algo, una palabra amable o de interés, pero no se le ocurre nada. Así pues, cierra la boca y baja la cabeza.

—Adiós, madre —Gilgi le acaricia levemente el fornido hombro y sale de la habitación.

—Gilgi —la llama su madre—, ¿vendrás esta tarde a tomar café a casa de los Jeissler?

La señora Kron es natural de Hamburgo, pero por un impulso de adaptación conyugal intenta imitar el acento renano de su marido con tan buena voluntad como poco éxito.

—No tengo tiempo —exclama Gilgi, que cierra la puerta del pasillo a sus espaldas.

No, no tiene tiempo que perder, ni un solo minuto. Quiere salir adelante, tiene que trabajar. Su día está plagado de todo tipo de trabajos y apenas le queda algún hueco, aquí y allá, para recuperar el aliento. Trabajo, he aquí una palabra seria. Gilgi trabaja por amor a la severidad. Y si de vez en cuando no trabaja, si alguna vez se concede algo de tiempo para ser joven, para ser guapa, para pasarlo bien, prefiere compartirlo con sus amigos, por

amor a la diversión. Trabajar tiene sentido, lo mismo que divertirse. Ir con su madre a una tertulia de café no sería ni diversión ni trabajo, sino solo una absurda pérdida de tiempo. Y no hay nada que atente más claramente contra la naturaleza y la conciencia de Gilgi que eso.

Gilgi está sentada en el tranvía. En realidad quería ir a pie, pero no tiene tiempo. Frente a ella, una larga hilera de empleados: rostros cansados, rostros afligidos. Se parecen unos a otros. La similitud de sus rutinas y de sus sentimientos ha impreso en ellos su inconfundible sello. Alguien sube al tranvía. ¿Queda aún alguien sin billete? A nadie le gusta hacer lo que hace. A nadie le gusta ser quien es. Muchachita pálida de las piernas bonitas, ¿no preferirías estar en la cama, durmiendo? Chica morena con botas de excursionista, parece que hoy hará buen día: ¿no preferirías salir a pasear por el bosque y darles a los dóciles venados las castañas que has reunido durante el otoño?

¿Queda aún alguien sin billete? ¿Queda aún alguien sin billete? Van a trabajar. Día tras día, a trabajar. Cada día se parece al siguiente. Cling, cling, cling: bajan del metro, suben al metro. Viajan, de aquí para allá. Jornada de ocho horas. Máquina de escribir, bloc de taquigrafía, recortes de salario, fin de mes... Siempre lo mismo, siempre lo mismo. Ayer, hoy, mañana y dentro de diez años.

Jóvenes, los que todavía no habéis cumplido los treinta, ¿no tenéis más que este rostro matutino, vacío de esperanzas? Mañana es domingo. Cuando llegue el mediodía, ¿no habrá algún ideal que arda en vuestros ojos? ¿No es cierto, jovencito, que uno no se compra una corbata dorada tan bonita y chillona si no está con-

vencido de que un día llegará a ser jefe y tendrá coche privado y una cuenta bancaria en el extranjero? ¿No es cierto, mujer formal de buena familia, que no se pondría ese llamativo collar de colores si no deseara que alguien le dijera que le queda bien? Pequeña pelirroja, ¿te habrías gastado veinte marcos para hacerte la permanente si no soñaras con concursos de belleza y un contrato cinematográfico? En su día también Greta Garbo fue dependienta. Id a trabajar, un día y otro. ¿Habría algo que rompa la monotonía diaria? ¿Qué? ¿Un Douglas Fairbanks, ganar la lotería, un contrato cinematográfico, un ascenso fabuloso, una lluvia de monedas que caigan del cielo? ¿Sucederá algo de eso? No. ¿Hay alguna posibilidad de que las cosas cambien o se interrumpan? Pues sí. ¿Cuál? Una enfermedad, un despido, el paro. Y, aun así, siguen cogiendo el tranvía, siguen viajando. ¡Qué bien!

Gilgi mira por la ventana. No, no tiene nada que ver con los desesperados del vagón, no es una de ellos, ni quiere serlo. Son gente gris, cansada y aletargada. Y si no están aletargados esperan que suceda un milagro. Gilgi, en cambio, ni está aletargada ni cree en los milagros. Solo cree en lo que puede hacer y conseguir por sí misma. No está satisfecha, pero está contenta. Gana dinero.

Gente del vagón, ¿no estáis contentos?

Estamos tan cansados...

¿Pero no ganáis dinero?

Muy poco.

Podrías sacarle más partido.

Es muy difícil.

Por eso es bonito.

No, no es bonito.

Corren malos tiempos. A nadie le gusta ser quien es. A nadie le gusta hacer lo que hace.

Entonces, ¿ninguno de vosotros es joven como yo, ni está contento como yo? Sí. Uno, dos, tres rostros. Rasgos jóvenes y tensos, pequeñas arrugas en la frente, mentón emprendedor, mirada atenta.

Gilgi sujeta el borde de su maleta con la mano. Con fuerza y seguridad. Con gesto conciso y mínimo, como en un apretón de manos. ¡Eso es! No se trata de mí, sino de nosotros. ¡Nosotros! Levanta la cabeza y los ojos le brillan de alegría. Tú, tú y yo: nosotros lo lograremos.

Tac-tactac-tac-rrrrrrr... en relación con su carta del 18 de... tac-tac-tactac-rrrrrrr... le adjuntamos notificación... tac-tac-tac... con referencia a la conversación telefónica mantenida ayer le comunicamos...

La mecanógrafa Gilgi escribe la novena carta del día para la empresa Reuter & Weber, medias y género de punto al por mayor. Escribe rápido y sin cometer errores. Sus manos menudas y morenas, con sus dedos puntiagudos y de uñas recortadas, forman parte de la máquina, y la máquina forma parte de ellos.

Tac-tactac-tac-rrrrrrr... La mecanógrafa Gilgi se presenta ante su jefe y le entrega las cartas para que las firme.

—Espere un momento —le dice el señor Reuter, que lee cada una de las cartas antes de estampar su nombre en la página mecanografiada con gesto fingidamente enérgico. Gilgi espera. El pálido sol invernal se refleja sobre el archivador amarillo, sobre la alfombra de corcho y sobre la ovalada cabeza de peluche del señor Reuter—. Siéntese —le ordena el señor Reuter.

Gilgi pasa junto a la butaca de piel buena para los clientes, coge un par de hojas y un cuaderno de una sencilla silla de mimbre

y se sienta. Le dirige a su jefe una mirada exenta de curiosidad y adopta una expresión seria y profesional.

—¿Siempre pone tan mala cara? —pregunta el señor Reuter. Así es como empieza.

—No estoy poniendo mala cara.

Gilgi es una chica con experiencia. Conoce a los hombres, sabe lo que quieren y lo que no quieren, y lo que se esconde tras su tono de voz, sus miradas y sus gestos. Si un hombre y un jefe como el señor Reuter habla con voz insegura, es que está enamorado, y si está enamorado, antes o después querrá algo. Si no lo consigue, se sorprenderá y se sentirá ofendido y disgustado. Hace ya tiempo que entre ella y el señor Reuter reina un clima peligroso. Y ahora ha llegado la hora. La señorita Müller, su compañera, le ha contado que la señora Reuter está de viaje, y eso precipitará los acontecimientos.

Gilgi reflexiona. No tiene ningunas ganas de enfrascarse en una relación con el señor Reuter, pero tampoco quiere poner en peligro su puesto de trabajo ni arriesgarse a perderlo. El señor Reuter es un buen jefe: paga horas extra, no explota a sus empleados y es un hombre amable y agradable. Gilgi ha tenido jefes mucho peores.

Por eso responde educadamente a todas las preguntas del señor Reuter y decide que, mientras le sea posible, fingirá no saber de qué va el asunto. Su jefe le pregunta si le apetece comer con él. Por desgracia no tiene tiempo. El señor Reuter insiste y Gilgi le promete que en cuanto termine de trabajar, sobre las dos, se reunirá con él en el Schwerthof. Una resistencia excesiva tal vez la haría parecer menos inofensiva de lo que quiere aparentar.

Unas horas más tarde, Gilgi está sentada con el señor Reuter en el Schwerthof. Toman café. El señor Reuter fuma su primer cigarrillo. Le enseña a Gilgi fotos de su mujer y de su hijo,

como suelen hacer los maridos cuya predisposición a la infidelidad va acompañada de una ligera mala conciencia. Gilgi la alaba:

—Una mujer encantadora.

El señor Reuter se fuma el segundo cigarrillo. Las fotos de la mujer y del hijo han desaparecido ya en la cartera. Habla mucho. Gilgi le va diciendo que sí y que no.

El señor Reuter se fuma el tercer cigarrillo e insinúa vagamente que con su mujer no tiene nunca conversaciones tan fabulosas.

—¿Qué me dice? —se sorprende Gilgi.

—Ya ve —responde el señor Reuter, que le acaricia el dorso de la mano—. Qué joven es usted, podría ser perfectamente su padre.

Espera que ella lo contradiga, pero Gilgi se limita a esbozar una sonrisa inocente que el señor Reuter se toma como un cumplido.

Se fuma el cuarto cigarrillo. De repente lo asalta la necesidad de sentirse desdichado: su matrimonio es un desastre, está echando a perder su vida, se está convirtiendo en un pobre infeliz, atrapado en un empleo de mercachifle. Está amargado y se burla de sí mismo con un ligero patetismo. Cuando dice: «Debería dejarlo todo», infla tanto el pecho que las costuras de los hombros amenazan con romperse. Pide dos copas de licor, pero Gilgi rechaza la invitación, pues no bebe alcohol al mediodía.

El señor Reuter se fuma el quinto cigarrillo. Su mano vaga hasta la rodilla de Gilgi, que se la aparta con delicadeza.

—Me siento tan solo, ¿no podrías ser un poco buena conmigo, pequeña?

No le costaría nada, piensa Gilgi, y lo mira con la compasión indulgente que sienten las mujeres hacia aquellos hombres cuyas atenciones les resultan incómodas y agradables al mismo tiempo.

El señor Reuter va a encenderse el sexto cigarrillo cuando Gilgi le dice que se tiene que marchar. No, no puede quedarse más tiempo, ni un minuto más: a las cuatro tiene clase de inglés.

—Es usted una chica aplicada —opina el señor Reuter en tono a un tiempo decepcionado y elogioso.

Sí, mañana cenará con él en el Domhotel. Gilgi se muestra amable, simpática y complaciente. Ya ha tramado un plan. El camarero se acerca y Gilgi insiste en pagar su parte. Finalmente se sale con la suya y se despide del señor Reuter, que se queda con la agradable sensación de gustarle a esa chica «por lo que es».

Al cabo de unos minutos Gilgi llama a Olga.

—Buenos días, guapa. ¿Por qué no te pasas por mi estudio esta noche? Pongamos que sobre las once, hasta entonces tengo que trabajar.

—De acuerdo, Gilgi —responde la voz cálida y jovial de Olga—. ¿Ha pasado algo?

—No, nada. Solo quiero pedirte un pequeño favor.

—¡Ay, dime, de qué se trata!

Olga es muy curiosa y siempre quiere saberlo todo.

—Tendrás que esperar hasta las once, Olga. Hasta luego.

—Adiós.

¡Qué suerte tener a Olga! Olga es el color más alegre que hay en la vida de Gilgi. Si la palabra «romanticismo» no le provocara tanta aversión, podría incluso decir que para ella Olga representa el romanticismo. Se alegra de tener a Olga, pero por el momento no puede pensar en ella. Primero debe ganarse las carcajadas que les aguardan a las dos a las once de la noche.

Gilgi toma asiento en la academia Berlitz. «¡Aprende idio-

mas!» Gilgi estudia español, inglés y francés: tres horas de clase consecutivas. Cuando por fin llega a su pequeño estudio en la buhardilla de la Mittelstrasse, las palabras extranjeras le dan vueltas en la cabeza. *I want to be happy... sous les toits de Paris...* La árida clase de lengua extranjera aplicada a la correspondencia comercial se transmuta en floridas letras de canciones. *I want to be happy...* Gilgi echa un vistazo ansioso al ancho y mullido sofá. Está algo cansada, ¿debería... tan solo media horita? No, no tiene tiempo. *I want to be happy...* Gilgi pone el gramófono en marcha. «Beso su mano, *madame...*» Saca un samovar del armario y prepara té. Se quita el jersey y la falda, los cuelga con cuidado del gancho de la puerta y se echa por encima un kimono de seda amarillo. Aquí se siente en casa. Alquila el estudio para poder trabajar tranquila. Lo paga ella y, por lo tanto, es suyo. Ha cubierto las paredes con arpillera marrón. Las piezas del mobiliario, un sofá, un escritorio, un armario y una cama, las ha ido comprando una a una. Todo le pertenece. La pequeña máquina de escribir de la marca Erika y el gramófono los ha pagado haciendo horas extra.

Vuelve a darle cuerda al gramófono: «Todo es efímero...» Lo que hemos conseguido ya ¡y lo que nos queda! Se sienta en el escritorio, apoya la cabeza (de cabello negro y corto) sobre las manos y se fuma un cigarrillo sin hacer nada de nada. Piensa un poco: de momento ha logrado ahorrar mil doscientos marcos. Un año más y viajará tres meses a París, tres meses a Londres y tres meses a Granada. A lo mejor sola o a lo mejor con Olga, pero lo que es seguro es que se va a ir de viaje. Lo tiene todo perfectamente calculado y decidido. Cuando una habla tres lenguas extranjeras a la perfección no ha de preocuparse demasiado por quedarse sin trabajo. A lo mejor un día no tendrá que ir más a la oficina.

Tiene otras posibilidades. Le sobra talento para diseñar y coser vestidos, y pronto no habrá quien la supere. Cuando la señorita Gilgi sale por la noche, hombres y mujeres se vuelven para mirarla, y si les contara que compra la ropa en Damm o en Gertsel, es posible que la creyeran. En realidad toda su ropa es de confección propia. Tiene tres trajes de noche y ninguno le ha costado más de veinte marcos. Quizá más adelante abrirá un *atelier* de moda en París o en Berlín. Quizá, quizá... Ay, aún es joven y, aparte de casarse y de convertirse en estrella de cine o en reina de la belleza, no descarta ninguna posibilidad.

Saca un montón de hojas escritas del cajón del escritorio, una carpeta y un libro arrugado: *Tres hombres en un bote*, de Jerome. Se dedica a traducirlo al alemán, de momento tan solo para practicar; más adelante tal vez consiga ganarse la vida con ello. Gilgi escribe. Lee, tacha y escribe... hasta que llega Olga.

¡Qué guapa, qué bonita es Olga! De repente, el frío estudio huele a jardín en flor y el rostro pequeño y duro de Gilgi se relaja y rejuvenece. ¡Dichosa Olga! Un dios bondadoso le ha atado un tapón de champán al alma: pase lo que pase, Olga no se va a hundir. Tiene el pelo rubísimo y un semblante dulce y exuberante, los ojos serenos y azules, y unas pequeñas manchitas en el iris. Se mueve con los gestos indolentes de una mujercita que viviera en un harén y piensa con la inteligencia de una ensayista judía. No está atada a nada ni a nadie, y Gilgi es incapaz de pensar en alguien más independiente que ella. Admira a Olga, aunque no puede ni quiere parecersele.

—¿Quieres un té, guapa? ¿Manzanas, mandarinas, plátanos? Tengo de todo.

¡Qué guapa eres, Olga! Pero Gilgi no pronuncia el piropo en voz alta, sino que dice:

—¡Llevas la blusa otra vez manchada! ¡Mira que eres sucia y descuidada!

Olga se echa en el sofá y juguetea con la piel de una mandarina.

—Tengo que darme prisa, en primavera llegan los americanos a Berlín.

—Vaaaya —dice Gilgi afligida. De modo que Olga estará en Berlín en primavera y luego viajará de aquí para allá; quién sabe cuándo volverá a Colonia. En este momento se dedica a copiar varios cuadros del Museo Wallraff-Richartz para una familia americana. Aparte de eso, pinta carteles de películas para un cine de la Hohestrasse. Olga hace todo lo que le encargan. Gilgi no sabría decir si es una gran artista. Olga asegura que no, y es posible que tenga razón. Cuando necesita dinero, trabaja, y cuando tiene dinero, viaja. A menudo sola, algunas veces acompañada.

—Querías pedirme un favor, ¿verdad, Gilgi?

—Sí. Quiero que me quites a un hombre de encima.

—¿Es simpático?

—Género de la mejor calidad, pero no es de tu estilo.

—Entonces, ¿por qué me lo quieres endosar?

—Es mi jefe, está enamorado. Si se da cuenta de que no me gusta, tendré mal ambiente en la oficina. Tienes que distraerlo, hacer que cambie de opinión.

—Bueno, pero si está enamorado de ti no sé cómo pretendes que...

Gilgi la mira con expresión de experimentada.

—No está enamorado de mí en concreto; más bien diría que últimamente está enamorado de sí mismo..., en general. Yo no soy más que un objeto casual, una fantasía.

—Pues vamos a quitarle el capricho —dice Olga, que es

conde disimuladamente un resto de manzana detrás del sofá—. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

Gilgi le cuenta a Olga su sencillo plan. Olga está de acuerdo, pero tiene una duda:

—¿Y yo podré librarme de él?

—¡Ay, Olga! —exclama Gilgi, que se balancea ante el escritorio—. Tú eres mucho más mujer que yo. Y no lo digo solo porque hayas cumplido ya los veinticinco: lo eres por ti misma. De ti no se encaprichará como de una niña como yo. Además, dentro de dos semanas tú puedes fingir que te vas de viaje.

Olga hace un gesto como dando a entender que está ya aburrida de vivir situaciones de ese tipo.

En algún lugar de Colonia, el señor Reuter (medias y género de punto al por mayor) da vueltas solo en su cama de matrimonio. Sufre de insomnio y arde en deseos de ser diez años más joven. «Tengo una muchachita morena», piensa. «Es conmovedor pensar que una chica así de joven pueda interesarse por uno...»

En el estudio de la buhardilla de la Mittelstrasse, Gilgi pone el gramófono en marcha y Olga elige un disco: «...si estás en Hawai...» A las dos les parece que el asunto de Reuter no es lo bastante interesante como para perder ni un minuto más hablando de él.

El domingo Gilgi y el señor Reuter están sentados juntos en el Domhotel. Para Gilgi aquello es una cena, mientras que para el señor Reuter es más bien una velada. Beben un Haut-Sauternes. Con cada copa, al señor Reuter se le entrecierran un milímetro más los ojos. Los pechos pequeños de Gilgi se insinúan claramente bajo el vestido de seda azul y convencen cada vez más

al señor Reuter de que Gilgi es «esa» mujer que realmente lo entiende. Lo dice y, además, está convencido de ello. Por eso despliega ante ella su mundo interior como un libro abierto: así es él. Gilgi lo escucha con atención, con gesto obsequioso y gran interés. Pobre idiota, si fueras más joven no tendrías una que perder tanto tiempo contigo. Cierra la boca y deja ya de darle a la lírica, que no encaja con ese grano que tienes en la barbilla. ¿Por qué no decirle simplemente: no gastes tanto si no va a darte réditos, no inviertas el capital de tus sentimientos en una empresa sin futuro? Porque no puede. Pobre hombre, tu mezcla de lenguaje barroco y mercantil no tolera un simple no. ¡Pues adelante! Porque en el fondo todo depende exclusivamente de mí, ¿verdad? De mí y de los ciento cincuenta marcos que gano cada mes en tu despacho a cambio de un trabajo tranquilo. ¡Y cuando estoy trabajando no tolero sus zalamerías, muy señor mío! Conque...

—¡Salud!

—¡Salud!

Chinchín. El señor Reuter le toma la mano a Gilgi. Es importante no hablar más de la cuenta, ahora mismo es mejor no hablar tanto, con tanta gente alrededor... Naturalmente, si uno piensa que todas esas personas necesitan medias y géneros de punto, no tiene más remedio que tenerlas en buena estima, pero si no estuvieran ahí sentadas y, aun así, usaran medias y géneros de punto... resultarían aún más simpáticas. También los camareros son figuras maléficas cuando deambulan sin nada que hacer.

—¡Camarero, otra botella!

Cuando el señor Reuter la invita a que lo tutee, Gilgi finje no oírlo. No en vano cuando todo esto termine tendrá que seguir tratando con él. Una mujer pasa junto a ellos, buscando una mesa. Una mujer hermosa, una mujer deslumbrante.

—Es una conocida —susurra Gilgi. ¡Ya era hora, Olga!, le dice guiñándole el ojo izquierdo.

—Buenas noches, señorita Kron.

—Buenas noches —responde Gilgi, que se vuelve hacia el señor Reuter—. ¿Me permite presentarle a la señorita Jahn?

—Con mucho gusto —miente el señor Reuter.

—He quedado con unos amigos para ir al teatro, pero aún no han llegado. ¡Vaya puntualidad!

Olga los mira con ojos suplicantes y sus dedos encantadores acarician suavemente el caro abrigo de piel del que apenas ha pagado siquiera tres plazos.

—Bueno, si quiere... —empieza a decir Gilgi visiblemente indecisa, decepcionada, desconcertada.

—Puede sentarse con nosotros mientras espera —sale en su auxilio el señor Reuter. Se muestra caballeroso, aunque a pesar suyo.

—¡Pues se lo agradezco mucho! Será tan solo un momentito.

Olga le dedica al señor Reuter una mirada de gratitud infinita. Él la ayuda a quitarse el abrigo. Se muestra caballeroso, ahora ya no tan a su pesar. Percibe la envidia del resto de hombres cuando Olga se sienta a su mesa. La oferta supera la demanda, y al señor Reuter Olga le parece guapa. Sin embargo, su presencia le resulta inoportuna, pues de repente la mano de Gilgi, tan menudita y morena, está fuera de su alcance.

Olga habla de viajes a El Cairo y a Luxor, y de excursiones a Spitsbergen. Gilgi se dirige un momento a la cabina telefónica y llama a su casa. Cuando regresa, al señor Reuter la presencia de Olga ya no le parece en absoluto inoportuna.

Al cabo de un rato Gilgi va al baño y tarda un cuarto de hora en regresar. El señor Reuter se acuerda de que, en realidad,

a él le van más las rubias. Cada vez está más ocurrente. Olga lo mira con admiración y, de repente, el señor Reuter está convencido de que lleva toda la vida subestimándose. Gilgi regresa, se sienta sin decir nada y deja que Olga le quite todo el protagonismo. En el fondo no es más que una chiquilla insignificante. Por si eso fuera poco, el señor Reuter acaba de recordar un principio oxidado de tan viejo: nunca tengas aventuras amorosas con tus empleadas.

Gilgi pasa diez minutos en el vestíbulo, mientras busca un periódico. Los mechones color crema de Olga enmarcan su rostro puro y reluciente, de piel sonrosada, y el señor Reuter se convence de que Olga es «esa» mujer que realmente lo entiende.

Media hora más tarde las deja en casa: primero a Gilgi y luego a Olga.